

LA PRIMERA ENCAJERA

CUENTO PARA NIÑAS

Pues señor, éste era un rey muy sabio que tenía un hijo muy guapo. Además de ser hermoso, el Príncipe era bueno. En vez de entregarse á la holganza y á los placeres, recorría, disfrazado, el reino, visitando detenidamente los más apartados rincones donde se refugiaban la pobreza ó el crimen.

¡Cuántas veces los malos sufrieron justo castigo y los virtuosos recompensa impensada, gracias á que el noble joven había, por sí mismo, descubierto la verdad!

Su augusto padre, que era ya muy viejecito y le amaba con pasión, deseó abdicar en él, pero antes quiso que se casara ventajosamente.

Distintos embajadores recorrieron todos los Imperios del mundo para conocer á las ilustres princesas; pero cuando lo supo el Príncipe declaró á su padre que ya había elegido compañera y que no ambicionaba la corona, prefiriendo una vida obscura y modesta á los esplendores del trono.

—Señor—dijo,—es mi amada un dechado de virtud y laboriosidad; sin duda, la más admirable artista que conocí. Nadie realiza mayores primores con la aguja. Un hada debió ser su maestra.

Deseoso el Rey de averiguar si era cierta la afirmación, envió secretamente á varias damas de reconocido saber en el arte del bordado, para que buscasen por todas partes á la misteriosa artista, pues ansiaba conocerla.

Reuniéronse al poco tiempo muchas bordadoras de mérito que hacían en telas costosas filigranas con sedas, oro y plata. Casi todas estaban deformadas por el trabajo y avejentadas; ninguna podía ser la prometida del Príncipe.

Enterado éste de los deseos del Rey y acatándolos, convocó á la corte y al pueblo, entrando en Palacio acompañado de gentes humildes.

Entre ellas venía una niña de incomparable hermosura, vestida con modestia.

Blanca era la túnica que la envolvía, recubriendo su pecho y cuello una tela sutil, cuyos hilos, artísticamente entrelazados, formaban un dibujo precioso, á través del cual se transparentaba la piel, sin menoscabo del pudor.

Abortos quedaron todos al ver aquel prodigio. Las bordadoras más inteligentes no acertaban á comprender el secreto del arte maravilloso con que estaban unidos centenares de hilos, sin colores vivos ni metales preciosos que les adorasen.

—¿Qué maga os ha enseñado?—la preguntó el Rey.

—Señor—contestó la niña arrodillándose ante el Mo-



narca,—soy huérfana y pobre; lo que véis son sencillos remiendos hechos con paciencia en las ropas heredadas de mi madre. Mi maestra fué la necesidad.

Así se inventó el *encaje* que tanto dinero vale, fabricado desde entonces por gentes virtuosas, pobres y pacientes, con destino á las opulentas princesas, porque éstas no olvidan que llegó á reina la *primera encajera*.

Y colorín, colorado. Este cuentecillo se ha acabado.

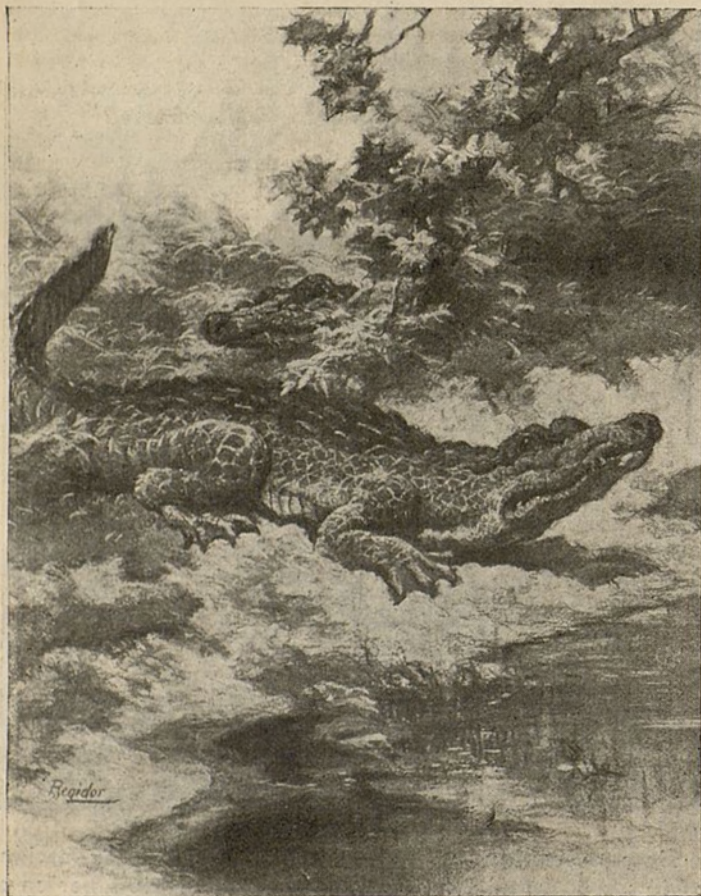
El Doctor FAUSTO



HISTORIA NATURAL

EL COCODRILO

Este reptil, especie de lagarto enorme, mide cinco y seis metros de largo; tiene su cuerpo cubierto de escamas tan duras, que no las atraviesa una bala; las patas posteriores, palmeadas, como las aves acuáticas, para nadar perfectamente;



la cola, grande y fuerte, y las mandíbulas armadas de dientes que encajan formando *presa*. Su fuerza y su astucia le hacen verdaderamente temible para el hombre y para los animales.

Vive en las aguas de las zonas cálidas: en Africa, en América y en Asia, y la mayor parte del tiempo está en el agua.

El tipo vulgar es el cocodrilo del Nilo, que habita en este río y en sus afluentes, y en general en todas las aguas dulces y estancadas del Africa oriental, desde los riachuelos de la costa hasta los grandes ríos de Mozambique y del Africa meridional.

Es animal muy fecundo, pues la hembra está durante dos meses poniendo un huevo diario del tamaño de los de gansa. Parece increíble que de tan pequeño volumen salga un animal que ha de alcanzar las dimensiones que luego tiene.

Cuentan que el padre practica un reconocimiento de sus hijuelos cuando salen del huevo y les observa. Si los chiquitines muerden á algún animalejo, ó algún puñado de hierba, ó sencillamente una paja, salen aprobados del examen; pero si no demuestran el coraje y la acometividad

que su señor padre desea para los de su familia, les hace pedazos.

El cocodrilo es temible, como queda dicho, para toda clase de animales; pero se da como cosa cierta que tiene un íntimo amigo. El amigo del cocodrilo es un ave que le hace el oficio de dentista.

Parece ser que el cocodrilo suele tener gusanos del agua en el hocico, y que después de comer *fuerte*, le quedan entre los dientes restos de carne; y como acostumbra á dormir las grandes siestas después de comer, y suele hacerlo al sol con la boca abierta, el pájaro, que se llama vulgarmente *arenario* y técnicamente *chariandrius aegyptius*, acude entonces, y penetrando en la enorme boca, picotea la comida y le limpia admirablemente la dentadura.

De estos servicios de *odontólogo* nace la simpatía y el afecto que entre animales tan distintos existe.

Con los demás mantiene perpetua guerra, y todo ser grande ó chico que encuentra á su alcance perece en la contienda. Unas veces atrapa la pesca y la sumerge en el agua para ahogarla y devorarla después; otras, y son las más, le da un coletazo tremendo que la mata.

Así como tiene el cocodrilo un animalito amigo, tiene otro bichejo que es su enemigo más temible: una rata que se come los huevos de la cocodrila y que, según dicen, se atreve á veces á roer las escamas del cocodrilo mientras duerme, y haciendo un agujero, penetra hasta los intestinos del corpulento animal y se los come. Realmente se explica, con este proceder, la justificada antipatía que el cocodrilo siente por esta rata.

Otro animal existe que no inspira al cocodrilo ni cariño ni odio, y es el cerdo. Aseguran los viajeros haber visto con frecuencia cerdos paciendo á orillas del río tranquilamente al lado de los cocodrilos, que no los hacían el menor caso.

Lo que ha pasado á la categoría de fábula es el famoso llanto del cocodrilo, que ha quedado como frase para aludir á la hipocresía traidora; pero sin ninguna realidad acreditada.

Decían que para atraer á sus víctimas, imitaba perfectamente el llanto de un niño, y cuando la gente acudía á salvar á éste, salía de su escondite y se merendaba tranquilamente al salvador.

En la mitología egipcia representaba al dios Sebek, y los sacerdotes de Tebas le veneraban, le domesticaban y le adornaban con pendientes y pulseras.

En las excavaciones practicadas en Egipto se han encontrado momias de estos animales cuidadosamente embalsamados.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

CÁNDIDO. ¡Eh, chicuelas, por vida de... que me vais á tirar al suelo! ¡Bah, bah!, dejadme, que voy á quemar estos condenados trastos; mientras los tengo en la mano me parece que... he tomado lo que no es mío.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA AMALIA y la voz de DOÑA SEVERA.

(Entra DOÑA AMALIA, y tras ella se cierra la puerta y suena la llave.)

DOÑA SEVERA. (Dentro.) Ya os pesqué; ahora nos veremos.

CÁNDIDO. Adiós mi dinero; ¿dónde meto yo los cinturones?

DOÑA AMALIA. ¿Qué cinturones?

CÁNDIDO. ¡Ay! ¿Es usted...? Pues... pues... nada, es una... claro... ¿Me comprende usted? Una broma.



DOÑA AMALIA. ¿Qué oculta usted con tanto cuidado? Es la broma, por ventura?

CÁNDIDO. Señorita... es que... ya ve usted, como no soy joven, tengo mis antiguas costumbres, y... naturalmente... *(se rasca la cabeza, y DOÑA AMALIA le mira sonriendo)* naturalmente, quisiera salir de aquí, porque no está bien que esté yo en el cuarto de las señoritas.

DOÑA AMALIA. *(Riendo.)* Pero ¿qué tiene usted ahí escondido?

CÁNDIDO. Es... una cosa... señorita, créame usted que es verdad.

DOÑA AMALIA. Pero ¿qué cosa es esa?

CÁNDIDO. *(Muy agitado.)* Ya lo he dicho: una cosa... que... no es mía... ¿Está usted contenta?

ESCENA XVII

DICHOS, DOÑA SEVERA.

DOÑA SEVERA. ¡Me han robado...! ¡Me han robado!

DOÑA AMALIA. ¿Qué dice usted, señora? ¿Cómo es posible?

DOÑA SEVERA. No lo sé. Lo que me consta es que alguien ha entrado en mi cuarto, ha abierto el cajón de mí cómoda, me ha quitado un cinturón magnífico de castigo, y lo que es más grave... un billete de cuatro mil reales que había dejado allí por inadvertencia.

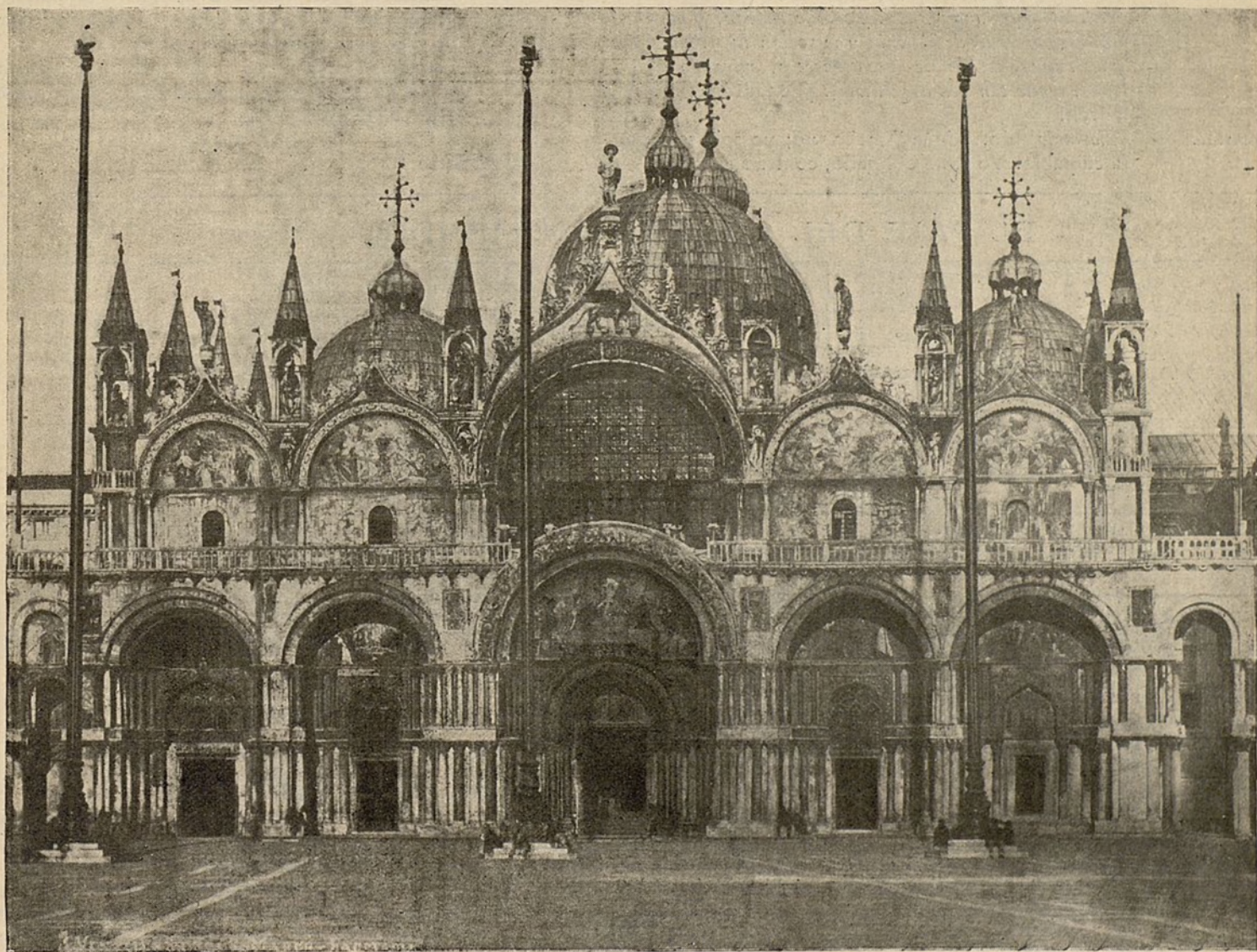
(CÁNDIDO palidece y tiembla; se coloca detrás de DOÑA AMALIA, y examinando furtivamente el paquete del cinturón, se encuentra con el billete enredado entre él y se queda anonadado.)

¿Nadie responde? Todos tenéis el aire del culpable. Doña Amalia, permítame usted registrar á cada cual separadamente.

DOÑA AMALIA. Como usted guste, señora; estoy segura de que si realmente la han quitado ese dinero, no será aquí donde se encuentre. ¡Ea! niñas, pongámonos en fila. Cándido, póngase usted aquí...

(CÁNDIDO arroja el paquete bajo la mesa y se coloca en fila. Todos vuelven sus bolsillos y DOÑA SEVERA los examina; únicamente se detiene, sin

LOS GRANDES MONUMENTOS



LA BASILICA DE SAN MARCOS EN VENECIA Entre los artísticos monumentos que enriquecen la pintoresca ciudad de Venecia, es notabilísimo el de su famosa basilica de San Marcos. Este templo, dedicado al santo evangelista patrón de la ciudad, cuyas reliquias fueron traídas de Alejandría por los venecianos en el año 828, está construído sobre una antigua iglesia románica del siglo x, cuyos muros de ladrillo quedaron dentro de un rico revestimiento de mármoles. En los siglos xii al xv, sucesivas modificaciones dieron al templo un carácter románico-bizantino con adiciones góticas, que le dan un aspecto fantástico. Tiene el templo la forma de cruz griega, de 76,50 metros de largo por 51,80 de ancho, sobre cuyos extremos se elevan cuatro cúpulas bizantinas y otra mayor en el centro; otra serie de cúpulas más pequeñas decora la parte oriental y del Norte.

En el interior de la basilica y en sus fachadas están distribuidas más de 500 columnas, en cuyos capiteles se ve una gran variedad de estilos, porque la mayor parte de ellas no fueron labradas para este edificio, sino traídas de Oriente.

Los primorosos mosaicos, los bronces, los jaspes y el oro con que este templo esta adornado, le dan un aspecto de suntuosidad que no se encuentra en otro alguno.

Sobre el pórtico se ven cuatro caballos de bronce dorado de un metro 60 centímetros de altura, que se crze son de la época de Nerón. Probablemente figuraron en el arco de este emperador y después en el de Trajano. Constantino los llevó á Constantinopla, y el dux Dandolo á Venecia en 1204. Bonaparte los llevó á París en 1797, y luego, en 1815, los devolvió á Venecia. Realmente, no habrá otros caballos de bronce que hayan corrido más tierras.

Gente Menuda

atreverse á registrar á DOÑA AMALIA y á CÁNDIDO.)

DOÑA SEVERA. ¡No parecé!

DOÑA AMALIA. Mire usted también mis bolsillos. Cándido, á usted también. (CÁNDIDO se quita la levita, y distraído se va á quitar el chaleco). ¡Basta, hombre, basta! Ya ve doña Severa que aquí no hay nada.

DOÑA SEVERA. Aquí no, pero más gente hay en la casa, y yo veré... (Se marcha diciendo): ¡Cuatro mil reales, señor! ¡Cuatro mil reales...!

ESCENA XVIII

DICHOS, MENOS DOÑA SEVERA

CÁNDIDO. (Se acerca con precipitación á DOÑA AMALIA.) Señorita... señorita, usted lo sabrá todo.

DOÑA AMALIA. ¿Qué es eso, Cándido? (CÁNDIDO recoge el paquete de debajo de la mesa.)

CÁNDIDO. Aquí está todo... Devuélvalo usted, sin que sepan que yo he sido.

DOÑA AMALIA. ¿Usted ha sido? ¡Imposible!

CÁNDIDO. ¡Yo, yo lo he cogido!

DOÑA AMALIA. ¿Cándido un ladrón? ¿Cándido robar un billete? ¡No, no es posible!

CÁNDIDO. Yo... yo... pero... ¡Ay, Dios mío! (Cae desvanecido sobre una butaca. Todos le rodean, y las niñas traen agua de Colonia y le rocían la frente y las manos. Él vuelve poco á poco, y, mirando á todas, repite con voz angustiada): ¡Yo ladrón! ¡Yo ladrón!

BEATRIZ. (Llorando) No... doña Amalia, no; yo sola soy la culpable. Yo le he obligado, contra su volun-

tad, á ir á buscar ese cinturón en la cómoda de la tía para que lo quemase.

MATILDE. Esa es la verdad.

LUISA. La pura verdad.

CLEMENCIA. Sí, sí, créalo usted; todas tenemos la culpa.

BEATRIZ. Sin duda, al coger el cinturón salió enredado en él el billete.

DOÑA AMALIA. Eso ha debido ser.

CÁNDIDO. ¡Eso ha sido!

DOÑA AMALIA. ¿No lo había usted visto?

CÁNDIDO. Hasta que doña Severa lo dijo y miré.

DOÑA AMALIA. ¿Y lo iba usted á arrojar al fuego?

CÁNDIDO. ¡Dios me ha salvado! Le hubiera quemado sin verle y hubieran podido sospechar de mí si no parecía.

DOÑA AMALIA. Pues bien; yo haré como que ayudo á doña Severa á buscar el billete y simularé que lo encuentro. Así tendrá lo que es suyo y nadie llevará una pena que no merece.

CÁNDIDO. ¡Bendita sea su boca!

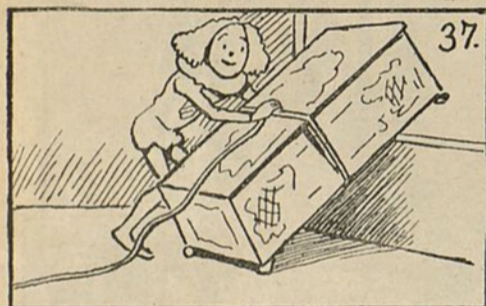
DOÑA AMALIA. Y otra vez no sea usted tan condescendiente; por acceder á todos los deseos impremeditados de los niños, ha podido usted verse en un grave compromiso. No aplaudo la severidad con las criaturas; pero tampoco me gusta la excesiva condescendencia; hace falta más maña de lo que se cree para educar á la infancia.

(Cándido besa la mano de doña Amalia; todas las niñas la rodean y permanecen en un grupo mientras cae el telón.)

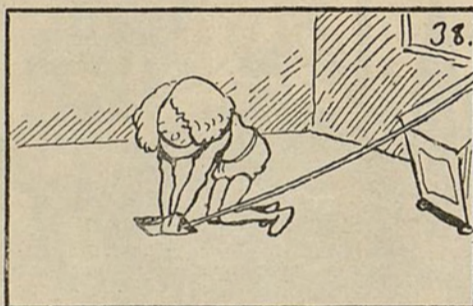
FIN DEL PRIMER ACTO

(Continuará.)

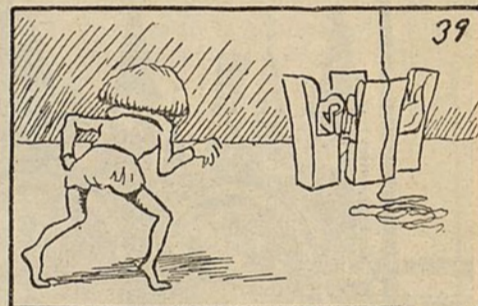
EL PAJE DEL CONDE DON MENDO (Continuación.)



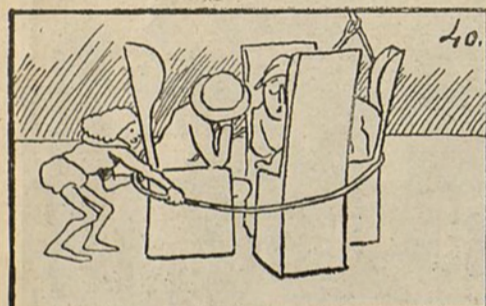
Ató el arcón, le puso buen lastre y lo colocó contra la ventana para llevar á cabo su idea.



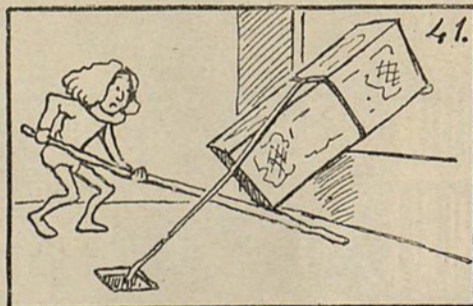
Una vez hecho esto, deslizó la cuerda por la mirilla y la fué dejando caer.



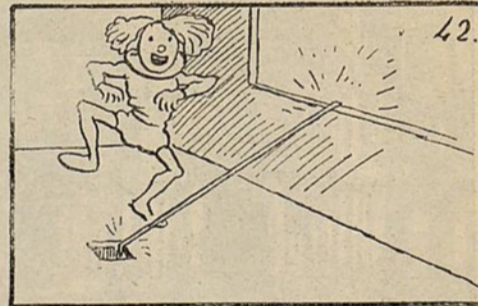
Como vió que los bandidos dormían la borrachera, penetró sigilosamente en el salón en que se hallaban.



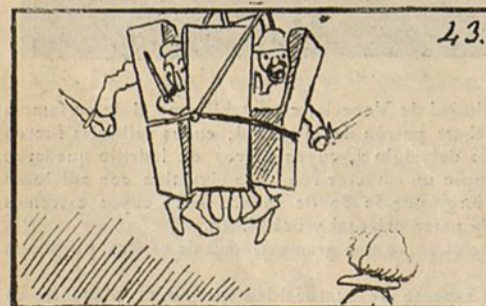
Entonces hizo con la cuerda un nudo corredizo alrededor de los sillones en que dormían.



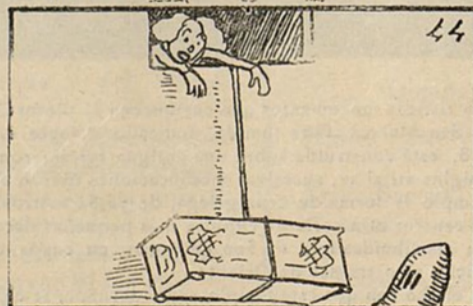
Volvió á subir, y, con ayuda de una palanca, empujó el arcón por el hueco de la ventana.



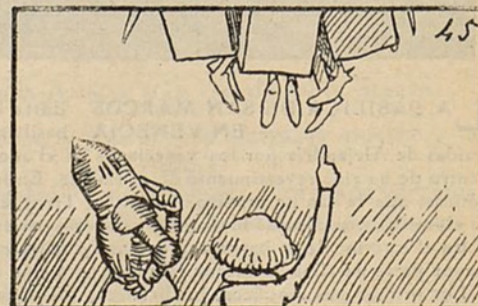
Grande fué su alborozo al ver el arcón por el aire y pensar en el lazo corredizo.



En efecto, al bajar de nuevo al salón vió el racimo de los bandidos, que gritaban rabiosamente.



D. Mendo, desde fuera, vió con asombro un arcón colgando, y notó que su paje le llamaba.



Volvió al castillo y vió el curioso racimo, y se puso á meditar su castigo.

(Continuará.)